Capitulo 7.-

Llovió todo el día, en el cielo se amasó un tono uniforme de gris que se mantuvo estático y que desapreció el tiempo. Abul tuvo hambre y abandonó la idea de salir a la calle, regresó a su viejo catre, cogió uno de sus libros y se acomodó, ahora sí lo resintió, nuevamente tenía suelo debajo de sus pies y eso le reconfortaba pero también le asustaba, porque el hecho de estar consciente siempre llamaba a la pereza y al tedio, aunque la lectura le aligeró el lapso.

Luego de un rato de libro y de que comiera un poco de pozole nuevamente se amoldó en la silla dejando su mirada perdida en la vieja alacena, se extraño al encontrar una valija de cuero que su padre siempre cuidó con mucho recelo y que estaba colocada arriba, como quien esconde el frasco de galletas de los niños. Se le iluminó el rostro y de inmediato la bajó para descubrir lo que había en su interior, no había mucho que apreciar solamente algunas fotografías de la milicia en las que Jose Luis aparecía siempre erguido, orgulloso posando junto a sus compañeros, también estaban los pedazos de tela donde bordadas, se enmarcaban las distinciones de los dos grados que logró alcanzar, soldado de primera y cabo, celosamente cubiertos, cada uno, con una bolsa de plástico grueso. Al fondo de la maleta un sobre amarillento sin cerrar en el que se dejaba ver una carta, dudó un momento en si debía leerla pero fue más su curiosidad y se llevó una sorpresa al entender las primeras letras.

*CARTA A MI HIJO:*

*Hijo mío si estás leyendo esto es porque al fin me he enfrascado el olvido de los muertos, ya habrás llegado a la mayoría de edad y en esa instalación debes saber que la claridad de tus ideas no es siquiera un guijarro de la playa tranquila que te dará la vejez; curiosamente en mi ancianidad he comprendido que la vida sería más fácil si tuviéramos una guía pero, la inocencia que tiene la juventud es el alimento principal de la capacidad de sorprenderte y eso, yo no quisiera arrebatarlo de tus manos.*

*Lo que sí puedo darte son mis consejos, los que creo, harán más llevaderas tus ansias de envejecer.*

*Ama hijo, como si en realidad lo sintieras y cuando lo sientas compromete tu corazón hasta el final, ama también el entorno, las maravillas naturales, la insistente lluvia, el viento somnoliento de la tarde, las aves atrevidas que te observan, las flores orgullosas, la personalidad auténtica de los animales.*

*Sufre también como si fuera la última vez que sitieras una lágrima en tu cara, disfruta de las situaciones incómodas que te ofrece el destino, el quedarte sin palabras, el buscar excusas ridículas para soluciones simples. Disfruta también lo que has logrado, tus éxitos y bienes materiales, gástalos hasta que dejen de servir y si no son de tu agrado regálalos a alguien que haga eso con ello, al fin ese es solamente su propósito, pero media tus ansias de acumular que también de tenerlo todo podemos llegar a hartarnos.*

*Vence todos los obstáculos que se atraviesen, no necesariamente con la victoria se puede decir que ganaste y no precisamente perdiendo puedes aprender, recorre ambos caminos lentamente para que todas las experiencias te sirvan.*

*Cuida a tus amigos hijo, no solo a los que pienses estar seguro en su corazón, sino a los que te dedican una sonrisa, que el mundo es individual y conseguir que otra persona piense en ti para bien franquea el conclusionismo del ser.*

*Modera tu vocabulario y no solo en las malas palabras, sino en buscar oportunidades para saber que lo que expresas puede ser útil para quien te escucha, pero, arroja lo que tu corazón designe, esa será una tarea difícil porque los hombres pudrimos el alma con verdades entrecortadas.*

*Por último sé también humilde, y no solo en tus ropas sino también en tus expresiones, deja que tu éxito lo comenten los demás y solo acepta lo que creas que pueda servirte, que si bien el ego te hace definirte territorialmente también estropea la calidad de tus virtudes, recuerda hijo SOLO DIOS ES GRANDE…..TE AMA TU PAPÁ.*

Había un nudo en la garganta de Abul, se sintió al fin amado por su padre, siempre se obsesionó pensando que en realidad era una carga para él, sus expresiones estaban solamente en tono de enojo, nunca para alabar alguna virtud y al leer eso, revivirlo con su voz ronca y mandona, se dio cuenta que en una parte muy honda de su corazón siempre existió amor, uno que no supo cómo expresar con palabras, ese que descubres cuando sabes que al final del día siempre tendrás una casa, comida y un hogar donde refugiarte.

Sin anunciarse llegó la noche, no hubo tiempo de ridículos atardeceres pues las nubes acortaron el paso hacia la oscuridad y de pronto ya la luz natural había dejado de existir, Abul sabía que no tardaría en llegar su madre y se congració del hecho de poder platicar con alguien, pensó que durante la cena era el momento preciso para hacerlo pero repentinamente tocaron la puerta, era extraño que sucediera, sobre todo porque su mamá era quien recibía las visitas y éstas siempre resultaban ser vecinas, las cuales conocían exactamente la hora de llegada de Aída. En ese momento Abul sabía debidamente que tenía que abrir y dar una cordial bienvenida, hubiese sido un día antes de su despertar a la realidad y no habría reaccionado, dejaría que la persona del otro lado de la puerta se cansara de intentar y se fuera.